

Conoci a Ferrater en Nueva York a finales de los setenta, con motivo de la creación de una asociación que agrupara a los numerosos profesores españoles que trabajaban en los Estados Unidos (AL-DEEU); me impresionó entonces el cariño y el respeto que todos le profesaban, y que se reserva a las figuras claramente excepcionales; tuve también la impagable oportunidad de hablar larga y tranquilamente con él, de contarle cosas de nuestro país, envuelto entonces en esa magnífica tensión de la recién nacida democracia, y de escuchar sus opiniones sobre casi todo lo divino y lo humano. Ferrater era generoso con su saber y practicaba una sinceridad sazonzada con un humor inagotable, de esas que no se olvidan. Para todos los filósofos españoles era ya entonces un mito viviente que no hizo sino crecer.

La obra de Ferrater reviste caracteres de enorme singularidad desde cualquier punto de vista; pero ese perfil se acrecienta al considerar lo excepcional de su figura en la endeble tradición de la filosofía española. Ferrater es sin duda el primer pensador español que posee a la vez la doble condición de creador original y de académico competente y riguroso. Su conocimiento de la filosofía contemporánea era inmenso, no tenía fronteras ni de lengua ni de estilo, pero no había en él simple erudición, con ser ésta sencillamente asombrosa, sino algo más raro y difícil: una comprensión plena de todo cuanto se ha pensado a ambas orillas del Atlántico. No es de extrañar que Pedro Salinas le considerase la persona más inteligente que había conocido.

A esa condición natural unía Ferrater una ingente capacidad de trabajo; sólo así se puede explicar el que una sola persona haya podido escribir un monumento como el «Diccionario de Filosofía» sin perecer en el empeño. Junto a esta referencia inescapable hay que mencionar sus libros más originales, una obra amplia en al que repasó la

## Memoria personal de Ferrater Mora

Por José Luis González Quirós

**Los comienzos de 1991 han sido tristes para la cultura española: tres figuras de primer rango nos han dejado en la orfandad de su ausencia, aunque con el generoso legado de una obra bien hecha. José Ferrater Mora, María Zambrano y Ricardo Gullón no han vivido en vano: han sido, a caballo de un exilio más largo de lo que sin duda quisieron, maestros de todos cuantos soñaban en una España mejor, libre y más acogedora que la que les vio partir.**



Ferrater Mora en los Cursos de Verano de la Universidad Complutense. El Escorial, 1990

mayor parte de las cuestiones filosóficas.

No es éste el momento de bosquejar una interpretación de su filosofía personal, de ese integracionismo tan lleno de profundidad y buen sentido como ayuno de la pretensión de impresionar o de estar a cualquiera de las modas que se han ido sucediendo en este siglo.

Ferrater dedicó esclarecedores libros a nuestros dos pensadores más universales, Unamuno (1944) y Ortega y Gasset (1958); se las vio con las batallanas cuestiones de nuestra idiosincrasia en *Las formas de la vida catalana* y en *Tres mundos: Cataluña, España, Europa*; se ocupó de la filosofía de la historia, nos introdujo en la lógica matemática, nos dio la primera noticia sobre Wittgenstein y nos puso varias veces al tanto de las inflexiones que acontecían en el pensamiento contemporáneo; se ocupó, en fin, de la muerte, palabra mayor de toda filosofía responsable, y nos dejó en *El ser y el sentido* (1967) y en *De la materia a la razón* (1979) dos de los mejores tratados de metafísica que se hayan escrito nunca en castellano. Junto con su esposa, la filósofa americana Priscilla Cohn, publicó su última obra de reflexión, *Ética aplicada* (1981), un auténtico alegato contra la unilateralidad y a favor de la tolerancia.

El prestigio de Ferrater era todo menos el producto de una operación de relaciones públicas; su honestidad intelectual no le permitía dedicar a la fama el tiempo y las energías que eran menester para el estudio, y su insaciable curiosidad, mantenida hasta el último momento con un ardor tan juvenil que para cualquiera que le haya tratado hacía inverosímil su muerte. Sin embargo, el reconocimiento a su obra era universal: no hay otro modo de explicar que en 1990 hayan desfilado por la cátedra que se creó con su nombre nada menos que Ricoeur, Davidson y Quine.

Desde 1989 Ferrater honró con su presencia a la Universi-

dad Complutense, participando en sus Cursos de Verano («Modelos de la mente», «Derechos de los animales») y dirigiendo el que se celebró el año pasado sobre «Filosofía y narrativa», ocasión en que seguramente se escuchó su última lección universitaria; su deslumbrante saber y su humor sin desfallecimiento fueron para quienes tuvimos el placer de acompañarle una lección indeleble. Estaba siempre a nuestra disposición, tanto para aclarar cualquier asunto como para darnos parte de su tiempo en gestiones que enriqueciesen el elenco de los profesores invitados (Rorty, Kolakowski, Gass McIntyre, etc.).

Su generosidad intelectual era modélica: lejos de aquellos que no dicen su canción sino a los que en su nave van, no tenía el menor empacho en reconocer una objeción bien fundada, ni en acoger la aportación que pudiera hacer el menos ilustre de los profesores. Como un clásico vico, únicamente tenía interés en lo verdadero y en lo razonable.

La actividad intelectual de Ferrater se desbordaba por aliviaderos complementarios a la filosofía estricta: el cine había sido siempre su gran pasión y la novela le ocupó intensamente en sus últimos años. Su obra literaria es de gran interés, aunque con la dificultad propia de seguir a una mirada tan penetrante: creo que aún no se han visto con nitidez todas las claves de su estimulante narrativa. A muchos nos producía estupor y envidia la energía con la que el maestro del pensamiento se lanzaba a ese otro menester, aparentemente menor en su obra, de novelista. Es evidente que tenía mucho que decir y que de su lectura saldrán aún muchas cosas.

¿Cabe pensar que los españoles seamos capaces de aprovechar su labor? ¿Habría alguna institución que asuma la tarea de continuar su «Diccionario» y editar su obra completa, ahora, en buena parte, de difícil acceso?

La última vez que pude dis-



José Ferrater Mora con José Luis González Quirós en la Casa de España de Nueva York, año 1980

frutar de su compañía fue en una fría noche del pasado noviembre madrileño. Estaba preparando un curso sobre «Cine y Filosofía» con la ilusión de quien estrena la cátedra. Inevitablemente, acabamos hablando de las buenas películas que habíamos visto; le comenté lo mucho que me había gustado la más reciente de Scorsese (*Uno de los nuestros*), y que en ella había un plano-secuencia especialmente brillante. Con su característica picardía me preguntó a cuál me refería: coincidimos, y, con una sonrisa de cinefílo complice, me recordó momentos similares de otras películas. En aquel momento tuve la impresión de que también podría haber escrito un «Diccionario de cine».

La muerte le sorprendió cuando acudía a Barcelona a presentar *La señorita Goldie*, su última novela publicada. Esta vez no pude hablar con él, aunque me había anunciado que lo haríamos a su vuelta. Por más que se medite, la muerte siempre nos sorprende y nos apena; más aún cuando se lleva por delante a quien, como dijo Priscilla Cohn, era la persona más viva que había conocido nunca. Ferrater fue, además de un sabio ejemplar, eso que nuestra lengua tan bien describe cuando hablamos de una bellísima persona. ■

José Luis González Quirós es doctor en Filosofía, miembro del Consejo Editorial de NUEVA REVISTA y vicedirector de Cursos de Verano de la Universidad Complutense.